

Libros colombianos raros y curiosos

Escribe: IGNACIO RODRIGUEZ GUERRERO

— XLVIII —

LOPEZ ALVAREZ LEOPOLDO (1891-1940). - *Obras de Virgilio traducidas en versos castellanos. Tomo I. Eneida.* (Libros I - VI). 188 págs. 15½ x 24½ ctms. Imprenta y Encuadernación de Julio Sáenz Rebolledo, Tipógrafo-Editor. Quito, 1936. Tomo II. *Eneida.* (Libros VII - XII). 235 págs. Quito, Ibidem. 1936. Tomo III. *Eglogas y Geórgicas.* 158 págs. Imprenta de "El Centenario". Pasto, 1936.

Conocimos al doctor Leopoldo López Alvarez en el último decenio de su vida, en ocasión de cursar nosotros estudios profesionales en la Facultad de Derecho de la Universidad de Nariño, de la cual fue aquel catedrático insigne. López Alvarez dictaba derecho penal, hacienda pública y otras asignaturas, en diversos cursos. Pero solo nos tocó en suerte oír sus lecciones de derecho internacional público y de historia diplomática, que eran, al parecer, las materias de su predilección.

López Alvarez fue en la cátedra sencillamente prodigioso. Al dominio completo de sus asignaturas aunaba una ilustración verdaderamente ecuménica, que le permitía encararse con los más arduos y abstrusos problemas planteados en el aula, y resolverlos de manera plenamente satisfactoria. Teníamos los estudiantes el prurito de someter cuotidianamente a prueba al profesor, con el planteamiento de objeciones, dificultades y todo linaje de preguntas histórico-jurídicas para proporcionarnos el placer de asistir al soberbio espectáculo de inteligencia y erudición que aquel maestro nos proporcionaba. Quien, cuando dejábamos de hacerlo, parecía echarlo de menos, reclamando de los estudiantes la oportunidad de poner por obra su agilidad mental y echar a volar la deslumbradora pirotecnia de su erudición.

Más que preceptor, López Alvarez era el amigo, el verdadero camarada de sus discípulos. Los estudiantes solíamos rodearlo, a la entrada y a la salida de las clases, para gozar de su conversación sabia, sagaz, saturada de humorismo, y, en ocasiones, de una mordacidad mortal. Los erro-

res de los gobernantes, de los políticos, de los parlamentarios, de la propia jerarquía, censurábalos con franqueza no común, sin concesiones ni tapujos. A los muchachos nos trataba con cierta natural familiaridad, no exenta de fraternal rudeza que solo en el grande humanista podíamos tolerar y tolerábamos, como por tácito consenso unánime. Desde luego, jamás nos hirió la dignidad y el pundonor: sabía guardar el límite de los estímulos. Y era un caballero a carta cabal, incapaz de realizar, con sus discípulos, nada que desdijese de aquella calidad.

López Alvarez nació en Pasto, el 6 de mayo de 1891, y murió en la propia ciudad natal, a los 49 años de edad, el 7 de octubre de 1940.

Los estudios elementales hízolos en la escuela de Santo Domingo, de hermanos maristas de la enseñanza; los secundarios, en el colegio seminario, regentado entonces por jesuitas, donde obtuvo el grado de bachiller el 18 de julio de 1911; y estudió jurisprudencia en la Universidad de Nariño, donde se recibió de abogado el 12 de mayo de 1918.

En el seminario estudió López Alvarez latín, pero el griego lo aprendió con profesores particulares, pues esta asignatura no figuraba en el pen-sum del bachillerato para seculares, que es el que el humanista nariñense siguió en sus años escolares.

El doctor Javier Arango Ferrer, eminente historiador de las letras patrias, en su magnífico libro *Raíz y desarrollo de la literatura colombiana*, (volumen XIX de la *Historia extensa de Colombia*, de la Academia Colombiana de Historia), al hablar de la evidente decadencia actual de los estudios latinos en las universidades, se pregunta: “¿Quiénes entre los grandes prosistas y poetas actuales de Colombia pueden leer en latín a Séneca o Cicerón, a Horacio o Virgilio, sin haber vestido sotana por varios años en noviciados y seminarios?”, (Pág. 162). Y, en otro lugar: “Casi todos los civiles que se han ocupado de traducciones o de exégesis latinas pasaron por seminarios —como es el caso de Arciniegas, López Alvarez y Motta Salas...”. (Pág. 184).

Pero es lo cierto que López Alvarez jamás vistió sotana, como no la vistieron los seculares que pasaron por aquellas aulas jesuíticas, desde el 1º de octubre de 1885 hasta 1925, cuando estos preceptores dejaron el seminario en manos de padres eudistas para regentar el Colegio de San Francisco Javier en la misma ciudad de Pasto. Lo que ocurría era que en el seminario se impartían dos linajes de enseñanzas: la de teología y ciencias afines, para quienes seguían la carrera sacerdotal, vistiendo sotana; la de filosofía y letras para los seculares que allí hacían el bachillerato, como en cualquier otro colegio de secundaria, y separados completamente de los seminaristas. Entre estos figuró siempre el humanista nariñense, si hemos de creer el testimonio de quienes fueron sus condiscípulos. Es posible que buscara el concurso particular de profesores jesuitas para el aprendizaje de griego y el perfeccionamiento del latín. Pero el dominio de estas lenguas muertas fue en López Alvarez fruto de su propio esfuerzo, lo que no es corto elogio, por cierto.

López Alvarez hizo en Nariño toda su carrera judicial, desde la judicatura municipal hasta la magistratura del Tribunal de Pasto. Sin embargo, le sobró tiempo para dedicarse a la cátedra universitaria y al cultivo asiduo de las humanidades clásicas. Sin desdeñar el estudio de la historia y la investigación de diversos aspectos de las ciencias jurídicas.

Resultado de esta ejemplar consagración intelectual son: 13 volúmenes del *Boletín de estudios históricos* (1927-1940); *La batalla de Cuaspud*; *La campaña del Sur y la destrucción del ejército patriota*, etc. Sin contar los tres volúmenes de versiones de Virgilio, a que se hace referencia en este capítulo, y los dos tomos de la *Iliada*, de Homero, amén de dos volúmenes de la *Odisea*, uno de *Himnos de Homero* y otro de *Las siete tragedias de Esquilo*, de las cuales, las tres últimas obras fueron impresas con el texto griego y la versión española.

Lo que a primera vista se advierte en las versiones virgilianas de López Alvarez es la inversión en el orden seguido hasta aquí por los traductores para la colocación de las diversas obras del mantuano. Lo cual no solo contradice la verdad histórica tocante al proceso de la producción virgiliana, sino también al orden lógico de tales obras y hasta al expreso deseo de Virgilio, cuando en la introducción de su *Eneida*, dijo:

*Ille ego qui quondam gracili modulatus avena
Carmen, et, egressus silvis vicina coegi
Ut quamvis avido parerent arva colono,
Gratum opus agricolis; at nunc horrentia Martis...*

(Yo soy aquel que en tiempos pasados modulé agrestes cantos al son del caramillo, y que salido luego de la selva, labré los campos vecinos, obedientes al granjero, por más que fuese codicioso; obra grata a cuantos cultivan tierras. Pero ahora canto los horrores de Marte). Lo cual indica que, antes que la *Eneida*, Virgilio había compuesto las *Geórgicas*. Del propio modo que primero que estas, escribió las *Eglogas*, la primera inspiración de su musa, si hemos de dar crédito a lo que dijo el poeta en los dos últimos versos del Libro IV de aquellas:

*Carmina qui lusi pastorum, audaxque juventa,
Tityre, te patulae cecini sub tegmine fagi...*

(Por juego hice cantar a los pastores, y audaz de juventud, te canté, ¡oh Tí tiro!, tendido bajo la sombra de una haya).

Nadie, que sepamos, antes de López Alvarez, había ordenado las obras de Virgilio de manera diferente a la secularmente conocida: *Eglogas*, *Geórgicas* y *Eneida*. Así se ve en Heyne y en Aubertin, en Goelzer y en Lechatellier. Y ese orden respetaron los traductores del mantuano: el señor Caro y Manuel Machado, don Eugenio de Ochoa y Mosén Lorenzo Riber, para solo hablar de intérpretes de idioma español. Los cuales, si bien numerosísimos en lo que atañe a la versión parcial y fragmentaria de Virgilio, pues apenas habrá poeta que no hubiera traducido algo del mantuano, fueron, en cambio, muy raros, en lo que a la traducción completa del poeta latino hace referencia. Lo cual puede comprobarse fácilmente

pasando la vista por la copiosa *Bibliografía hispano-latina clásica*, de Menéndez Pelayo (tomos LI y LII de sus *Obras completas*), y por el capítulo *Virgilio en la Biblioteca de Letras de Cotacollao*, que elaboró el insigne humanista ecuatoriano padre Aurelio Espinosa Pólit, para los *Estudios virgilianos*, publicados por jesuitas, en Quito, en 1931, que es un exhaustivo catálogo de ediciones, comentarios y traducciones de las obras del autor de la *Eneida*.

En este exiguo número de traductores de Virgilio en lengua castellana está el humanista pastuso López Alvarez, quien, al parecer comenzó desde las aulas escolares a traducir fragmentos virgilianos de las *Eglogas* y de las *Geórgicas*, acabando por encararse a la totalidad de la obra del poeta latino, con el buen suceso conocido.

Desde luego, el más moderno de los traductores colombianos de Virgilio contó, para llevar a término su empresa, con el antecedente de la egregia hazaña intelectual consumada por don Miguel Antonio Caro, en Bogotá, en la segunda mitad del pasado siglo. Quien comenzó a traducir a Virgilio, en el Libro II de la *Eneida*, en 1861, dando cima a la versión total del mantuano hacia 1872 o 1873, pues fue en este año cuando aparecieron, en la imprenta de Echeverría Hermanos, de la capital colombiana, los tomos I y II de aquella, con las *Eglogas* y las *Geórgicas*, y los primeros seis libros de la *Eneida*, puesto que el tomo II y último, con los seis últimos libros o cantos del poema, apareció, impreso por la misma editorial en 1876. Esta primigenia edición es ahora una rareza bibliográfica. Que la versión virgiliana de Caro se popularizó en las naciones de habla castellana merced a la reimpresión que de ella se hiciera en Madrid, en 1879, en los tomos IX, X y XX de la *Biblioteca clásica*, en los que aparecieron, trastocadas en su ordenación —como en los textos de López Alvarez— la *Eneida*, en los volúmenes 9 y 10, con estudios críticos de José María Gutiérrez y de Menéndez Pelayo, y las *Eglogas* y *Geórgicas* en el tomo 20, con anotaciones de Caro y de don Félix García Hidalgo. Mucho más cuidadosa e interesante es la edición definitiva de las obras de Virgilio, traducidas por Caro, que en dos espléndidos volúmenes realizó la Librería Voluntad, de Bogotá, en 1943, compulsada con los manuscritos, inéditos en parte, del autor, y al cuidado de don Víctor E. Caro y del P. José J. Ortega Torres. Sin contar con que el *Discurso preliminar* de Caro, que exorna el tomo I de esta segunda edición colombiana, lo propio que el copioso comentario crítico y explicativo del texto latino, que el autor había preparado desde 1877, sin par en castellano, se habían mantenido hasta 1943 totalmente inéditos.

El lector de las versiones de López Alvarez echa de menos en ellas la total ausencia de noticias bio-bibliográficas del autor y de todo linaje de prólogos, comentarios o referencias tocantes a la edición o ediciones originales que el intérprete hubiese utilizado para su traducción. Ni señas de aparato crítico en parte alguna de estos tres volúmenes virgilianos, pero ni siquiera las referencias numéricas de los versos que facilitasen su compulsación con el texto latino, ni cosa alguna distinta de la escueta versión española, despojada hasta del resumen o argumento que al frente de cada poema, de cada canto, de cada libro, suelen tener casi todas las ediciones virgilianas, así en latín como en extranjeras lenguas.

Lo cual es, a nuestro entender, una deficiencia de tomo y lomo, que hace poco menos que inútil la versión virgiliana de López Alvarez en una cátedra de humanidades clásicas, por la falta absoluta de material crítico que en ella pretendiera encontrarse.

Por lo que hace a la versión en sí misma, López Alvarez utilizó con exclusividad el endecasílabo asonantado, cuya lectura, a la larga, se torna insufrible por la monotonía, por excepcionales que sean las condiciones del poeta que emprende semejante aventura. Algún crítico cuyo nombre no recordamos con certeza (¿Ismael Enrique Arciniegas tal vez?), al comentar en fugaz artículo de periódico el metro castellano empleado por López Alvarez para sus versiones virgilianas, decía que Caro había estado más acertado cuando eligió para lo mismo las octavas reales y otras combinaciones métricas, y sugería la conveniencia de que el humanista pastuso hubiese hecho sus versiones en alejandrinos pareados, aconsonantados.

Sobre esto no hay ni puede haber criterio fijo y determinado. En términos generales, para nosotros el traductor castellano debe emplear, en cuanto le sea dable, la rima perfecta, aconsonantada. Y el metro, a la medida de los temas y de las circunstancias. Imposible dar al respecto reglas inflexibles. No hemos podido entender, a este propósito, la predilección de Menéndez Pelayo por el empleo del verso libre, sin asonancia ni consonancia, por el riesgo inminente de tornarse prosa pedestre y rebuscada. Sin olvidar la cordial polémica del humanista español con don Miguel Antonio Caro, que sostenía lo contrario acerca de este mismo asunto.

Sea como fuese, el hecho es que López Alvarez emplea exclusivamente el endecasílabo asonantado en la totalidad de su versión latina. Lo cual tenía que producir, a la larga, lo que produjo: al lado de hermosos versos, de arrogantes estrofas, de primorosos aciertos poéticos, caídas de estilo, prosaísmos de dudoso gusto, renglones que visten opaca estameña, donde debía de lucir imperial púrpura y áureo brillo. La transcripción de un corto poema, (la *Egloga II. Alexis*) en la versión de López Alvarez, nos releva de más comentarios, supuesto que en ella pueden verse las excelencias y las caídas del traductor a lo largo de su interpretación castellana:

*El zagal Coridón de amor ardía,
por Alexis hermoso en quien su dueño
sus deleites cifraba, y ni esperanza
veía nacer; y con tesón por eso,
bajo frondosas hojas se asombraba,
y solo allí, perdido en sus anhelos,
a los montes y selvas les cantaba:*

*¡Oh mi Alexis cruel!, tú de mis versos
¿no te curas, de mí no te condueles,
y me dejas morir? Es el momento
en que buscan frescor los animales
y los verdes lagartos van ligeros
a encontrar la rizada cambronera,
y en que maja Testilis ajo y sérpol
y plantas olorosas, cosa grata*

al segador que, del estío al fuego,
hace anhelar; y yo voy abrasado
entre arbustos tus huellas persiguiendo
bajo el ronco cantar de las cigarras.
¿No me fuera mejor el sufrimiento
del desdén y el orgullo de Amarilis?
O a Menalcas servir, aunque moreno,
y blanco tú?; mas del color no ríes,
¡oh lindo joven!, que jacintos negros
se recogen, y no blancas alheñas.
Sin saber quién soy yo me das desprecio,
mis riquezas ignoras de ganados
y la leche que abunda en mis terrenos.
De Sicilia en los montes, mil ovejas
que son mías pasean todo tiempo,
y la leche reciente en abundancia
tengo en verano y en el crudo invierno.
Soy en el canto como Anfión tebano,
cuando llamaba a su rebaño inmenso
en el monte Aracinto de la Acaya.

.....
Ven a mis campos a vivir conmigo
en mi humilde cabaña, aunque es tu tedio,
ven a cazar pintados cervatillos,
ven a guiar el ható al campamento
con cayado de verde malvavisco.

.....
Ven y verás, hermoso muchachito,
cómo las ninfas, canastillos llenos
traen de lirios para ti tan solo...

.....
¡Ah, bobo, Coridón!, el lindo Alexis
tus dádivas desprecia, y en obsequios
te vence Yolas; ¡infeliz! ¿qué ansío?
Alocado de amor, arrojé el cierzo
al jardín, y al cristal de las fontanas
al sucio jabalí. Mas, oyes, necio,
¿de quién huyes?, que Paris el troyano,
en las selvas, los dioses, residieron.
Gócese Palas en los muros que ella
con sus manos alzó; que es nuestro anhelo
el placer de las selvas; torva leona
sigue al lobo, y el lobo a los corderos,
el cordero al cantueso florecido,
y sigue Coridón a Alexis bello;
cada uno tras el goce que persigue.

*Vuelven los bueyes del trabajo eterno
suspendidos del yugo los arados,
y las sombras se agrandan por momentos.
Y ardo de amor, en tanto; los amores,
¿qué fin tendrán, o cuál es el remedio?
Coridón, Coridón, ¿estás demente?
Medio podados tienes tus sarmientos
del olmo entre el follaje. ¿Por qué ahora
de suaves juncos y de mimbres tiernos
canastillos no aprestas? Otro Alexis
hallarás si este insiste en su desprecio... (Págs. 6-9). III.*

Materia para un juicio crítico formal, y aun para largas disquisiciones humanísticas, podrían proporcionar estas versiones virgilianas de Leopoldo López Alvarez. Ello no es posible realizar en estas líneas, encaminadas únicamente a suministrar someras noticias bibliográficas acerca de determinados libros colombianos que, por su rareza, están prácticamente fuera del comercio libresco ordinario. En este caso se encuentran estas versiones, que habrían logrado mayor difusión y cumplido con objetivos culturales más altos todavía, que los simplemente estéticos que el traductor persiguió, si con la versión castellana se hubiese publicado el texto latino, adicionándolo todo con notas ilustrativas y oportunos comentarios, indispensables para la comprensión, en la mayoría de los lectores, de las obras maestras de la cultura greco-latina.